

SEMANTICA DE UNA ERRATA «DEL BUSCON»

OVERO = 'OJO EN FORMA DE HUEVO'

En el último *Diccionario de la Lengua Española*¹, publicado oficialmente por la Real Academia correspondiente, que tiene a su cargo esta misión, se leen las siguientes fichas lexicográficas²:

“*Overo, ra* (de *hovero*”), adj[etivo]. Aplícase a los ani-

¹ Madrid, 1947.

² Pág. 924, a.

³ Efectivamente, verificando la referencia, leemos: “*Hovero, ra*. (Del lat[ín] *fulvus*. ‘amarillento’; en port[ugués], *fouveiro*, adj[etivo] *Overo*, 1.º art[ículo]”) (pág. 899, a). Esto es, el mismo artículo que nos ha llevado a éste.

La etimología ya había sido indicada, al menos, por MEYER LÜBKE en su *Romanisches Etymologisches Wörterbuch* (3.ª ed., Heidelberg, 1935, pág. 276, b). NEBRIJA, en su *Vocabulario Español Latino* (edición de la Real Academia Española, Madrid, 1951), no cita la palabra *overo*, pese a que enumera varias clases de caballos. COVARRUBIAS, en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (edición de Martín de Riquer, Barcelona, 1943, pág. 702, b), dice: “*Hovero*. Vide supra *hobero*. Dize el Comendador Griego, en uno de sus refranes: ‘Cavallo *hobero*, a puerta de albéitar o de gran cavallero’. Son galanos y de lindo pellejo, pero tienen muchos achaques, y no son para la guerra ni para mucho trabajo. Es nombre arábigo, *hoverum*, que vale abutarlado, según el padre Guadix, por la color que toma el abutarlada después de cozida tan varia. Y puede ser francés, del verbo *hoyer*, *laetori et ozare*, porque es alegre y regocijado. Vide supra verbo *hobero*.” Y yendo a esta voz, leemos una explicación semejante: “*Hobero*. Color de cavallo de pellejo remendado; dizen ser alegre y

nales de color parecido al del melocotón, y especialmente al caballo. U|sase| t|ambién| c|omo| s|ustantivo|.”

“*Overo* (del lat|ín| *ovum*, huevo), adj|etivo|. V|éase| *Ojo overo*.”

En el lugar correspondiente, a donde nos lleva esta última cita, se lee lo siguiente ¹:

“*Overo*, fam|iliar|. El [ojo] que, por abundar o resaltar mucho en él lo blanco, parece que no tiene niña” ⁵.

Bien. Puede aceptarse la primera ficha de *overo*, con no pocos reparos a su acepción semántica, que no desisto de completar algún día ⁶. Existen abundantes textos clásicos y posteriores en que la palabra se emplea más o menos con la semántica indicada ⁷. Pero es necesario exami-

pomposo, pero no fuerte ni sano, y por eso dize el proverbio: 'Cavallo hobero a puerta de albéitar o de cavallero'. Dice el padre Guadix ser nombre arábigo y que vale hubira, abutarda, no tanto por la color de la pluma como por el color de la carne después de cozida” (pág. 692, b).

RUFINO JOSÉ CUERVO, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (París, 1914, pág. 544), escribe: “*Overo* dicen los diccionarios que se aplica al pelo blanco manchado de alazán y bayo”; y añade en nota: “Según se ve en Covarrubias, el P. Alcalá y otros libros antiguos, la ortografía primitiva era *hobero*: una falsa etimología (*Ovum*, 'huevo'), ha ocasionado la transformación del vocablo. En apoyo de lo acertado de aquel uso, conforme con la derivación arábiga, alega la pronunciación vulgar *jubero* el ilustrado filólogo venezolano D. B. Rivadó en su copiosísimo *Tratado de los compuestos castellanos*, pág. 423”, sin aludir al otro semántico que nos ocupa.

¹ Pág. 908, c.

⁵ Creo inútil decir que MEYER-LÜNKE, en su vocabulario, ya citado, no se refiere para nada ni a esta acepción de *overo*, ni a su etimología dada por la Real Academia Española, ni tampoco otros autores, entre los que figura Cuervo, como se ha visto.

⁶ Para darse una idea de las discrepancias y dudas que hay en la lengua española sobre el colorido del caballo llamado *overo* y la definición de su capa, consúltense la *Terminología española e hispanoamericana*, de DANIEL GRANADA (en *BRÆ*, t. VIII, 1921, páginas 187-194), y *Revista Lusitana*, Porto (t. I, pág. 181).

⁷ En el *Glosario de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*, por CARMEN FONTECHA (Madrid, 1941, pág. 262), se citan los siguientes, en que el valor semántico de *overo* es el del color del caba-

nar la del otro *overo*, el que significa un aspecto del ojo, para el que, por la alusión a la niña, parece ha tenido presente el anónimo definidor, el ojo humano exclusivamente.

Lo primero que salta a la vista es la disparatada mor-

llo, con las diferencias consiguientes, que no reproduzco por no ser necesarios ni extenderme demasiado: Guillem de Castro: *Las mocedades del Cid* —segunda comedia— (Edición de Said de Armesto, "Clásicos Castellanos", 1945, pág. 246); Villalba y Estaña: *El Peregrino curioso y grandezas de España* (Edición de Pascual de Gayangos, Madrid, "Sociedad de Bibliófilos Españoles", 1886-89, dos tomos, tomo II, pág. 180), y Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache* (Edición de Gili y Gaya, Madrid, "Clásicos Castellanos", 1926-36, 5 tomos, t. I, pág. 50).

ROMERA NAVARRO, en su más amplio y exacto *Registro de lexicografía hispánica* (Madrid, 1951, pág. 730), alude a los textos ya citados y añade, junto con el comentario de Rufino José Cuervo, anteriormente transcrito, las *Voces usadas en Chile*, de ECHEVERRÍA Y REYES (Santiago de Chile, 1900, pág. 205), y la obra de MALART, *Los americanismos en la copla popular y en el lenguaje culto* (Nueva York, 1947, pág. 131), a todo lo cual podrían agregarse otros tres ejemplos, que se me vienen a las manos entre muchos, donde *overo* tiene idéntico valor semántico: de Lope de Vega, en *Los Comendadores de Córdoba* (Edición de la Real Academia Española, t. XI, pág. 294, b), y en *La Portuguesa* (Edición nueva de la Real Academia Española, tomo XIII, pág. 343, a-b), y del duque de Rivas, en *El moro expósito* (París, 1834, t. I, pág. 39).

Y aún deben tenerse en cuenta los *Refranes o proverbios en romance*, que nuevamente coligió y glosó el comendador HERNÁN NÚÑEZ, Madrid, Repullés, 1804, donde aparece el citado por Covarrubias y conocidísimo, que retrata bien el concepto que se tenía del caballo de esta clase, que necesitaba cuidársele mucho, pues a menudo había de ir al albéitar o veterinario, lo cual sólo podía permitirse un caballero adinerado; y el *Vocabulario* de GONZALO CORREAS (Madrid, 1924, págs. 96, b, y 97, a), donde se lee el mismísimo refrán, con variantes, y una confusión fonética: "Caballo *hoguero* —por *hobero*, *hovero* u *overo*— a puerta de albéitar o *buen* caballero"; además de este comentario: "lo primero los desdeña de mancarrones [enfermizos], que sucede de corridos y trabajados; lo segundo los alaba de gentiles y de codicia"; y este otro refrán: "Caballo *hovero*, a puerta de rey o gran caballero"; indicando el colector: "Por hermosos." El cruce entre ambos refranes es tan evidente como su significado, y se

fología de la palabra *overo* al derivarla de *ovum* directamente y en absoluto inadmisiblemente, aun pretendiendo formas intermedias, que, por otra parte, no existen. A lo más, y por otros caminos, se hubiera alcanzado cualquiera de las formas *huevo*, *huevo*, más o menos cultas, o lo aceptado por el vulgo —que jamás ha empleado *overo* en esa acepción— en imágenes metafóricas: 'ojo de huevo', 'ojo como un huevo' o, a lo más, 'ojo ahuevado'.

Pero, aun admitiendo tales errores etimológicos y morfológicos, el caso es que *overo*, en su segunda acepción semántica, que le refiere al ojo, especialmente humano, no aparece en ningún texto clásico —salvo en uno, aparentemente, origen de todo este embrollo, al que aludiré en seguida— ni figura en ningún acervo lexicográfico, sea cual fuere, desde Nebrija hasta el momento actual, pasando por Covarrubias, si no es por vía del *Diccionario* académico, de carácter oficial.

Así me pareció imprescindible acudir al primero de todos ellos, el llamado "de Autoridades" —por los textos de escritores que se citan para autorizar las palabras y acepciones—, y en él, como sospechaba, aparece esta peleta lexicográfica, además de la que afecta a la acepción corriente de color de caballo⁸:

"*Overos*. Se llaman jocosamente los ojos que son todos blancos (*sic*), y que parece no tienen niña, por la semejanza que tienen con lo blanco y la hechura del huevo. Lat[ín] *Ovi albuginem referens*, QUEVEDO]. *Tacañ[o]*, ca-

hallan de diversas formas en otras colecciones de refranes menos importantes.

⁸ He la aquí: "*Overo*, *ra*, adjetivo]. Lo que es de color de huevo. Aplícase regularmente al caballo. Lat[ín], *Luteus color*" (t. V, página 67, a).

También figura una acepción distinta: "*Overo*. Ave. Véase *Palomo*" (ídem, íd., íd.), que, evacuada la referencia, es esto: "*Palomogabino vero*. Especie de paloma azul, blanca y negra..., etc. (t. V, página 99, a).

Es decir, una simple confusión fonética: *gabino vero* = *gabino-overo*.

p[ítulo] 2. La cara no tenía sino un ojo, aunque *overo*"⁹.

Este texto, que parece autorizar por el uso la acepción especialísima que se da de *overo* —sobre cuya descripción original, bastante imaginativa para ser dieciochesca, no hay que insistir—, es el *único* existente en que puede darse a la palabra tan extraño valor semántico¹⁰, por lo que se dirá a continuación.

⁹ *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, etc.* Compuesto por la Real Academia Española. [Parece que, en realidad, por Bartolomé de Alcázar, José Cassani, Carlos de la Reguera y Fernando Morillas Cáceres, principalmente.] Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726-1739, 6 tomos. T. V, pág. 67, a. En la primera edición que se realiza del *Diccionario* en un tomo, excluyendo los textos que autorizaban las palabras (Madrid, Ibarra, 1780, pág. 672, c), aparece así amplificada la ficha de referencia. "Overos, p[lural], joc[oso]. Los ojos que son todo blancos y que parece no tienen niña. *Ovi albuginem referens.*"

Las siguientes ediciones de los siglos XVIII y XIX repiten lo mismo, denominándolo "plural familiar" y dando con ello mayor extensión al uso de la palabra en cuestión, hasta intentar su etimología y llegar a la ficha actual, que he reproducido al comienzo. Guiados por esto, los diccionarios no académicos han respetado lo dicho por la Real Academia Española, incluso el Hispano-Americano —que reproduce casi íntegramente la ficha lexicográfica del *Diccionario* "de Autoridades"—, el Espasa y otros varios. En cambio, en los diccionarios de CASARES y VOX aparece suprimida esta acepción, sin duda por reducción del vocabulario, como en otras. Por último, en el recentísimo *Diccionario etimológico español e hispánico*, de GARCÍA DE DIEGO (Madrid, s. a.), no figura esta acepción de *overo*, y la del color del caballo se supone derivada de *salvus* o *fulvus*, inclinándose el autor por la segunda, con mucha razón.

¹⁰ A aceptarlo, sin más averiguaciones, y aun a definir el vocablo, debieron de contribuir, de una parte, la fama general de Quevedo como inventor de palabras y acepciones de citas particularísimas, y, de otra, el mismo texto, aislado del resto, seguramente, cuando lo tuvo ante sí el anónimo redactor de la ficha del *Diccionario*, en que apareció primero, quien se desorientaría ante la palabra *cara*, suponiéndola de persona y no de caballo.

La difusión y reiteración posteriores son aun explicables haciéndolas en la autoridad del citado *Diccionario* y sus derivados.

Para ello merece consultarse el texto original, de donde se ha extraído la frase, en la primera edición del *Buscón*, de Quevedo, más conocido en los siglos XVIII y XIX por *El Gran Tacaño*¹¹, y, efectivamente, dice así: “llegò el dia, y sali en vn cauallo etico, y mustio, el qual mas de ma[n]co q[ue] de bien criado yua hazie[n]do reuer[n]cias, las ancas era[n] de mona muy sin cola, el pescuezo de camello, y mas largo, la cara no tenia sino vn ojo, aunque obero, echauansele de ver las penitencias, ayunos, y fullerias del que le tenia a cargo en el ganarle la ración.”

Una ligera diferencia de puntuación presenta la edición de Zaragoza, impresa por el propio Pedro Vergés, en 1628¹²: “llegò el dia, y sali en vn cauallo etico y mustio, el qual mas de manco que de bien criado, yua haciendo reuerencias; las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescueço de camello, y mas largo; la cara no tenia sino vn ojo, aunq[ue] obero: echauansele de ver las penitencias, ayunos, y fullerias del que le tenia a cargo en el ganarle la racion.”

Más radical, rectifica así la puntuación la edición de *Obras en prosa*, de Quevedo, impresa en Madrid por Diego Díaz de la Carrera, en 1653¹³: “Llegò el dia, y sali en

¹¹ Zaragoza, Pedro Vergés, 1626, de que hay dos variantes de impresión, que designaré *a* y *b*. El texto reproducido es el de *a* (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/10747), fol. 5 v. El *b* puede ser una tirada distinta de la anterior o una edición subrepticia, cuestión que no interesa a nuestro asunto (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/964), fol. 4 r. En ambos textos, puntuados exactamente igual, hay sólo diferencias de grafías. Concretamente, la palabra *ouero* aparece en *b*: *houero*. Lo mismo acontece en la edición de Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1626, fol. 4 v. (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/11538), que sigue la lección ortográfica de *a*. Sigue *a*, y esta última edición, la de Ruán, Carlos Osmont, 1629, pág. 8 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/243), y la de Lisboa, Matías Rodríguez, 1630, fol. 4 v. (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura R/12039), *a b*.

¹² Fol. 5 v. (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/10759).

¹³ Pág. 65 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/3520).

vn caualllo etico, y mustio; el qual, mas de manco, que de bien criado, iba haziendo reuerencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescueço de camello, y mas largo; la cara no tenia sino vn ojo, aunq[ue] obero. Echa uansele de ver las penite[n]cias, ayunos, y fullerias del q[ue] le tenia à cargo en el ganarle la racion."

Esta ortografía y puntuación persistieron en ediciones sucesivas¹⁴, hasta que don Eugenio de Ochoa, al editar

¹⁴ La siguen las ediciones siguientes: Brusclas, Francisco Foppens, 1660-61, t. I, pág. 444 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura R/9335); Brusclas, Francisco Foppens, 1670, t. I, pág. 428 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/9323-26); Madrid, Antonio González de Reyes, t. I, pág. 65 (ejemplar en la Biblioteca de la Real Academia Española, sig. 37-IV-18); Amberes, Henrico y Cornelio Verdussen, 1699, t. I, pág. 347 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/3476-78); Barcelona, Jayme Suriá-Joseph Llopis, 1702, t. I, página 65 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 3/22497-98); Madrid, Manuel Román-Juan Martínez de Casas, 1713-20, t. I, pág. 65 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 3/23656-60); Madrid, Juan de Ariztia, 1724, t. I, pág. 65 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/17294-99); Amberes, Viuda de Henrico y Cornelio Verdussen (*sic*), 1726, t. I, pág. 347 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura R/427-30); Madrid, Juan de Zúñiga, 1729, t. I, pág. 65 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/17516-21); Amberes-París, Guerin y Delatour, 1757, t. II, pág. 9 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura 16730-31); Madrid, Joachin Ibarra, 1772, t. I, págs. 75-76 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. U/6214-19); Madrid, Antonio de Sancha, 1790-94, t. I, págs. 141-142 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/28691-701); Madrid, Librería Ramos —Lyon, Librería Cosmon y Blanc—, 1821, t. I, págs. 17-18 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/14663-64); Madrid, Hijos de D.^a Catalina Piñuela, 1839, t. I, pág. 11 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 6/10844); Madrid, Mellado, 1840-45, t. II, págs. 18-19 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 129530-34); Madrid, Mellado y otros, 1841-51, t. II, páginas 18-19 (ejemplar en la Biblioteca de la Real Academia Española, sig. 9-VI-49-52); Madrid, Mellado, 1844 (Biblioteca Popular de Obras Festivas), t. I, págs. 211-212 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/33105-6); Madrid, V. Castelló, 1845-46, t. I, pág. 20 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/33601-4); Valencia, Juan Guix, Editorial Terraza, Aliena y C.^a, 1882, t. I, pág. 271 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/65523-24); New York-Paris, Putnam's sons-

el *Buscón* en la Colección de Baudry, les dió la forma definitiva que ha llegado hasta nosotros, sin que nadie haya parado mientes en este pasaje, como se verá ¹⁵:

Renouard, 1917 [Edición Foulché-Delbosc], pág. 10 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/39671), y Madrid, Hernando, 1927 [Edición crítica por don Roberto Seldén Rose], pág. 55 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 2/79050).

En algunas de estas ediciones —Madrid, Ariztia, 1724; Madrid, Zúñiga, 1729— aparece la errata de *obrero* por *obero*, que no perduró, por fortuna, pues sin duda hubiera embrollado más la cuestión del texto a que me refiero.

En la edición de Amberes-Paris, 1757, se lee esta nota al pasaje, que no deja de tener gracia por lo disparatada, si se tiene en cuenta el sentido erróneo del texto, como se verá, afirmado y consagrado en el *Diccionario académico* “de Autoridades”: “*Overo*.—Aubère. *Cavallo obero*. Cheval aubère. Les Espagnols estiment fort les chevaux de ce poil.”

¹⁵ París, Fain y Thuret, 1842 (“Colección de los Mejores Autores Españoles”), t. XXVII, págs. 218-219 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. F/897). Perduraron esta ortografía y puntuación en casi todas las ediciones, desde que don Aureliano Fernández Guerra las adoptó en su popular edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XXIII, Madrid, Rivadeneyra, 1852 (pág. 488), a la cual siguieron otras muchas ediciones, que enumero a continuación para dejar totalmente claro, con las ya citadas, la evolución del texto del *Buscón* en sus distintas impresiones, que no hallo expuesta en ninguna parte.

Madrid, Eduardo Martínez, 1859 (“Biblioteca de la Instrucción Universal”), pág. 14 (ejemplar en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, sig. Foll., Leg. 471); Barcelona, Narciso Ramírez, 1862 (“Publicaciones Ilustradas de La Maravilla”), t. I, pág. 288 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. R/92098-100); Madrid, Imprenta de “La Galería Literaria”, a cargo de Castillo, 1863, pág. 12 (ejemplar en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, sig. C/964); Madrid, V. Sanz, 1880 (“Biblioteca Clásica”), t. XXXIII, pág. 6 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 5/9990); Barcelona, Daniel Cortezo, 1884 (“Biblioteca Clásica Española”), pág. 12 (ejemplar en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, sig. B/1052); Barcelona, L. González y C.^a, s. a. [1899], páginas 17 y 18 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/6846); Madrid, Valero Díaz, 1906 (“Colección Selecta”), pág. 5 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/23216); Madrid, “La Lectura”, 1911 *Introducción y edición* de Américo Castro], págs. 26-27 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 6/8994); Madrid, Calpe, 1922 (“Colección

“Llegó el día, y sali en un caballo ético y mustio, el cual mas de manco, que de bien criado iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola: el pescuezo de camello, y mas largo: la cara no tenia sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos, y fullerías del que le tenia à cargo en el ganarle la racion.”

Al editar el *Buscón*, Américo Castro, por primera vez, según he indicado en una nota anterior, siguió esta misma lección, en su versión primitiva, sin rectificar el texto¹⁶; pero, como lo volviera a editar, por segunda vez,

Universal”, núms. 556 y 557), pág. 23 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/85575); Barcelona, Costa, 1932 (“Las grandes obras de la Literatura Universal”), pág. 10 (ejemplar en la Biblioteca del Ateneo de Madrid, sig. A/1184); Madrid, Espasa-Calpe, 1934 (“Colección Universal”, núms. 556 y 557), pág. 23 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 2/93790); ídem [reimpresiones sucesivas], 1940 [etc...], página 23 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 4/2042); Barcelona-Buenos Aires, Editorial Molino, 1940, pág. 18 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 4/13596); Buenos Aires, Espasa-Calpe [1941] (“Colección Austral”), pág. 20 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura 4/3660) [y reimpresiones sucesivas]; Zaragoza [Tipografía del “Heraldo”], *Selección, estudio y notas*, por Samuel Gili y Gaya (“Biblioteca Clásica Ebro), pág. 27 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 4/4210) [y reimpresiones sucesivas]; Madrid, “Clásicos Castellanos”, 1941, Edición de Luys Santa Marina, págs. 20-21 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 6/9745); Barcelona, Agustín Núñez, Editorial J. Gil [1945] (“Obras maestras”), pág. 22 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 4/27460); Madrid, A. Marco, s. a. (“La Novela Ilustrada”, núm. 209), pág. 7 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/59124); Madrid, “Razón y Fe”, s. a. (“Biblioteca de Clásicos Amenos”), t. I, pág. 91 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura 6-i/6439); Madrid, Monitor del Progreso, Empresa Editorial, s. a. (“Biblioteca de la Revista del Hogar Español”), pág. 8 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 5/11325).

¹⁶ Madrid, “La Lectura”, 1911, págs. 26 y 27. “Llegó el día y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo, aunque *overo*. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo en el ganarle la ración.”

conforme a un texto distinto, conservado en un manuscrito de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, en el cual no figura tal pasaje¹⁷, desapareció el problema a que me voy refiriendo, sin resolverse en cuantos editores de la novela le siguieron¹⁸: "Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias; las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, más largo que de camello; tuerto de un ojo, ciego del otro; en cuanto a la edad, no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin más parecía caballete de tejado que caballo; pues a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines."

Ahora bien, al adoptar Astrana para su edición de las *Obras Completas* del autor del *Buscón* un tercer texto de éste, conservado en un manuscrito diferente¹⁹, el proble-

¹⁷ Ms. 10 - *La Vida del Busca Vida, por otro nombre D. Pablos*— (véase ARTIGAS, *Catálogo de los Manuscritos de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander [1930], págs. 185-186). Artigas, al describirlo, comenta: "Como puede verse por el título y las primeras palabras, difiere el ms. del texto del *Buscón* que desde la primera impresión viene publicándose: las variantes principales se refieren a palabras y cláusulas que pudieran acaso haber sido censuradas por la Inquisición, pero esto último no parece probable." El texto original, en el citado manuscrito —fol. 3 v.— es éste: "Llego el dia y sali en vn cauallo, hetico, y mustio, el qual mas de manco que de bien criado yua haz[icn]do Reuerencias las Ancas eran eran de mona muy sin cola, el Pescueço mas largo q[ue] de camello tuerto de vn ojo ciego del otro, en quanto a la hedad no le faltaua Para çerrar Año los ojos, Al fin el mas Parecia Cauallette de tejado que cauallo."

¹⁸ Madrid, "Clásicos Castellanos", 1927, pág. 29 (ejemplar con correcciones autógrafas del autor, en mi biblioteca). A esta edición han seguido, entre otras: Buenos Aires, Editorial Losada [1940] ("Las Cien Obras Maestras de la Literatura Universal", núm. 28), páginas 18-19 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 1/103392); Barcelona, Editorial Cisne, 1941 ("Joyas Literarias": "Novela Selecta", número 3), pág. 9 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. V/C^a 1573-11), y Palma de Mallorca, "Mossén Alcover", 1948, *Prólogo* de Samuel Gili y Gaya, págs. 40-41 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, signatura 1/105186).

¹⁹ Perteneció al catedrático sevillano don José Bueno, cuyo hijo

ma del pasaje en cuestión surgió de nuevo, sin resolverse una vez más, y quedó, con la nueva versión, sin variar en lo esencial un ápice de como estaba desde el siglo xviii²⁰: “Llegó el día, y salí en un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo, aunque *overo*. El era rucío, y rodado el que iba encima, por lo que caía en todo.”

Realmente, el aludido problema del texto, que ya es hora de aclarar y dió lugar, con su perdurabilidad, a los errores del *Diccionario* académico, por el que han ido arrastrados los demás, no es de los más arduos, aunque incomprendible que tantos editores de la obra y tantos lexicógrafos como han utilizado el texto y la semántica errónea de la palabra no hayan rectificado ambas²¹.

Se trata simplemente de una errata de puntuación de la primera edición de la obra de Quevedo, en donde el texto transcrito anteriormente en estas páginas tergiversó el verdadero sentido del original, que era así, sin duda al-

lo vendió a don José María Asensio y Toledo, quien se lo regaló a Cánovas del Castillo. Dispersa la biblioteca de éste, anduvo por el comercio de libros, hasta que lo adquirió Astrana, según cuenta él mismo. (Cfr. su edición de las *Obras Completas* de Quevedo. Madrid, Aguilar, t. II, “Obras en verso”, 1932, págs. 1300-1301.)

²⁰ Edición citada, t. I, “Obras en prosa”, Madrid, 1941, páginas 82 M-b. El editor sigue el citado manuscrito “con preferencia, pero también otras lecciones que no indica” (cfr. pág. 79, a, nota). Tal vez se trate de otro manuscrito del *Buscón* que perteneció a Gallardo y es hoy también propiedad de Astrana (cfr. *Ob.* y t. cit., página 1301, a). Se sigue esta edición, con lección idéntica, por la publicada en Madrid, Aguilar, 1943 (“Colección Crisol”), págs. 42 y 43 (ejemplar en la Biblioteca Nacional, sig. 4/11870).

²¹ Incluso FOULCHÉ-DELBOSC mismo, que en sus *Notes sur le “Buscón”* (en *RHI*, t. XLI (1917), págs. 265-291) rectifica errores de las ediciones ya citadas, de Fernández Guerra y Américo Castro —en su primera edición de 1911—, no alude para nada a este pasaje, cuyo extraño sentido y puntuación errónea saltan a la vista en las dos versiones que se conocen de él y aquí quedan rectificadas.

guna: "Llegó el día y salí con un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias; las ancas eran de mona, muy sin cola, el pescuezo de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo. Aunque *overo*, echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo en el ganarle la ración."

Esto es, que aunque el caballo era *overo*, tipo característico, como ya indiqué, de caballo de lujo, no estaba cuidado como correspondía a su rango.

Lo mismo ha de rectificarse el otro texto, donde figura la palabra, adoptado por Astrana: "Llegó el día y salí en un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo. Aunque *overo*, él era rucio; y rodado, el que iba encima por lo que caía en todo."

Creo que la cuestión queda resuelta, y clarísimas la puntuación que debe llevar el texto del *Buscón* en dos de sus versiones, y la inexistencia de la acepción semántica de *overo* = 'ojo en forma de huevo', que deberá suprimir la Academia de su *Diccionario*, o, al menos, el que esto lea, del léxico español.

Por último, faltan aquí algunos textos modernos de esa terrible especie de escritores que quieren ser castizos y clásicos resucitando palabras en desuso, a quienes gustó ese *ojo overo* académico, que jamás escribió Quevedo y lo emplearon así, pero, aunque los leí, no los recuerdo, y rienen suerte en ello los tales y también el lector.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS